



Bajo el viaducto

Xuan Xosé Sánchez Vicente

septem 
ediciones

Bajo el viaducto

Xuan Xosé Sánchez Vicente

Bajo el viaducto

septem 
ediciones

Bajo el viaducto
SEPTEM LITTERA

Primera edición: marzo, 2015

© 2015 Xuan Xosé Sánchez Vicente
© de esta edición: Septem Ediciones, S.L., Oviedo, 2015
e-mail: info@septemediciones.com
www.septemediciones.com
Blog: www.septemediciones.es
También en Facebook, LinkedIn y Twitter.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del editor. Derechos exclusivos reservados para todo el mundo. El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. La editorial no se hace responsable, en ningún caso, de las opiniones expresadas por el autor. La editorial no tiene obligación legal alguna de verificar ni la veracidad, vigencia, exhaustividad y/o autenticidad de los datos incluidos en el texto, por lo que carece de responsabilidad ante los posibles daños y perjuicios de toda naturaleza que pudieran derivarse de la utilización de aquéllos o que puedan deberse a la posible ilicitud, carácter lesivo, falta de veracidad, vigencia, exhaustividad y/o autenticidad de la información proporcionada.

DISEÑO Y COMPAGINACIÓN: M&R Studio
ISBN: 978-84-16053-31-5
D. L.: AS-860-2015
Impreso en España—*Printed in Spain*

Para Elena

UNO

Hacia el este de Xixón, en medio de los campos y a poca distancia de la línea de colinas de escasa consideración que por ese punto cardinal cierra el valle en que se asienta la ciudad, se yergue la torre de La Laboral. Vista desde lejos, semeja espadaña adolescente de iglesia rural que, excedida en su desarrollo, alardease, erguida y pretenciosa, de su jiráfico cuerpo, tan sin duda superior al de las demás del concejo. Circuyéndola, en torno a su cabeza a veces, alrededor de sus hombros otras, se congregan, como un nimbo, los arreboles del amanecer los no muy frecuentes días en que la luz se muestra plena desde el alba; las gotas del agua irisada con que el sol juega a la comba con la lluvia, en ocasiones; casi siempre, los turbios aéreos piños de negruzco o grisáceo algodón que el viento del oeste desplaza raudamente. Asimismo, eventualmente pero con más frecuencia de lo que los habitantes de la urbe se sienten capaces de soportar, desciende sobre ella una tenue capa de borrrín que, tendida desde el cielo hasta el suelo como una telaraña de humedades, enturbia el horizonte y la mirada y guarda en sus entrañas la espadaña, borrando así el simbolismo ascensional, de despegue de la tierra hacia el empíreo, con que su arquitecto, Luis Moya, pretendió dotar a aquel centro forjador del nuevo hombre-obrero de aquel Estado Nuevo nacido en 1939.



Como un César triunfador en las Galias fue recibido Luis en su división a su regreso del salón de actos, al modo en que Franco lo había sido en la ciudad en la primera visita que tras la guerra realizara a Xixón para honrar a los mártires del Simancas y exaltar su (de él) Cruzada; de manera similar, sin duda, a aquella en que en alguna película había visto fueron acogidas y celebradas las tropas estadounidenses por las calles de Manhattan al concluir la II World War. Aunque tal vez de forma ligeramente hiperbólica dicho, sí: de modo semejante.



1978 fue la culminación de unos tiempos de extraordinaria agitación, de una agitación que se había insinuado ya en los años anteriores a la muerte en la cama del dictador, pero que, sobre todo, se había acelerado con su óbito y entierro, con el referéndum para la reforma política, las primeras elecciones libres y la redacción de la Constitución. Si las instituciones y el órgano supremo de la soberanía popular se habían convulsionado, el cataclismo en las calles y en las estructuras sociales había sido universal y tenido efectos devastadores sobre los entramados de poder, poderito y poderitito que vertebraban las relaciones entre personas y grupos. Por los discursos e intereses de los escasamente articulados partidos políticos y sindicatos, por la retórica e ideaciones de los intelectuales, por la sangre y vitalidad de los jóvenes de toda índole, condición y sexo corría la ilusión de que todo el mundo anterior desaparecería en un instante y de que uno nuevo —no muy preciso, más bien confuso y vago, pero, con todo, nuevo— surgiría como por ensalmo al solo conjuro de la voluntad. Asimismo, por parte de lo que habían sido autoridades, autoridaditas y autoridadinitas en los anteriores poder o estructuras sociales se tenía la impresión de que todo se derrumbaba, de que tal vez habría que aceptar sin más el nuevo mundo que, sin rasgos definidos, solo claro en ser o llamarse «otro», parecía ir a brotar; y hasta de que habría que participar (de forma más o menos gozosa o resignada) en su alumbramiento. Como se decía en el idioma local —que solo unos pocos de aquellos que habían aclamado a Luis a la manera romano-xixonesa-manhattiana conocían, que casi ninguno practicaba, y a cuya extirpación de su persona eran urgidos a diario—, «cuando nun ta'l gatu faen fiesta los ratos». Tal era, acaso, la impresión que esas personas de las antiguas estructuras dominantes-estructurantes tenían en aquella coyuntura, aunque seguramente, de contar con esa troquelación paremiológica en su acervo personal a fin de definir dicha impresión, la formularían en la lengua para la cual la *Gramática* de Antonio de Nebrija, como el mismo prólogo decía citando al muy reverendo obispo de Ávila, proclamaba que sería muy útil en el momento en que «*Vuestra Alteza metiesse debaxo de su iugo muchos pueblos bárbaros i naciones de peregrinas lenguas, i con el vencimiento aquellos ternían necesidad de recibir las leyes quel vencedor pone al vencido i con ellas nuestra lengua*». «Cuando el gato no está, los ratones hacen fiesta», así dirían. Paremia menos eufónica y aliterativa que su equivalente en el idioma o lengua local, pero igual de precisa en la transcripción de la imagen del, ¡ay, ocasional!, desorden y de la eutrapelia roedoril, inevitablemente asimismo eventual, subsiguiente.

Rumores y conjeturas de todo tipo habían precedido a la convocatoria; murmullos y habladurías sobre los límites y el procedimiento de la misma habían llenado los días precedentes a su plasmación en un anuncio; un ambiente de nerviosismo y excitación había ocupado los cuerpos, las mentes y las bocas hasta el momento mismo de la celebración: nunca ocurrida antes la ocasión, solemne el marco, por primera vez iban a celebrar reunión conjunta los dos estamentos que en la vida diaria de La Universidad concurrían, profesores y alumnos. Las materias: los nuevos reglamentos que iban ahora, al parecer, a denominarse «de convivencia», la constitución de un organismo permanente en que ambos estados estuviesen representados, los asuntos atingentes a su competencia y administración, la proporción de representantes de una y otra facción y otros asuntos propios de la vida académica, como la gestión de las calificaciones y la evaluación de los alumnos o la participación de estos en los claustros y en las juntas calificadoras.

El lugar mismo de encuentro y el número y la cualidad de los asistentes a él habían sido objeto de ardiente controversia. Los más jóvenes de entre el profesorado (orgullosos no pocos de ellos no solo de portar la tea revolucionaria que alumbraría el nuevo orbe, sino, además, seguidores entusiastas de las consignas del «movimiento de los penenes», a cuya pertenencia hacían ostentación como si de un blasón se tratase) habían llegado a proponer no únicamente que, de entre los alumnos, hubiese un representante por aula, lo que habría hecho igualarse prácticamente el número de discentes y el de docentes en aquel nuevo claustro universal de carácter constituyente: también que —sin duda sintiendo en las velas de sus cogotes el aliento de la dieciochesca convención francesa como viento impulsor hacia la tierra prometida—, celebrándose la asamblea en el magno teatro, todos los alumnos, al menos los que cupiesen, estuviesen presentes en ella.

Superando los temblores que se agarraban a sus gargantas y, en algún caso, un cierto sudorcillo que impregnaba sus sobacos y pies, algunos de los más veteranos de entre los comprometidos también con los venturosos cambios pero, a su entender, dotados de un cierto mayor realismo al que la experiencia los abocaba, consiguieron modificar aquella inicial y entusiástica propuesta de sus conmlitones más neófitos, estableciendo en uno solo por división o curso el número de los representantes escolares hasta sumar un tercio del total de claustrales constituyentes y, aceptando que la magna asamblea tuviese lugar en el teatro —haciendo visible así la simbología asamblearia e igualitaria de los nuevos tiempos—, reduciendo el público únicamente a aquellos de los delegados de clase que no resultasen de entre los alumnos escogidos como representantes de la división y, excepcionalmente, a una sola clase, escogida por sorteo, de

entre las del primer nivel, a fin de que fuesen testigos de aquel acontecimiento extraordinario y, de paso, comenzasen a iniciarse en las prácticas democráticas del debate y la deliberación, que constituirían a partir de entonces el uso cotidiano en la vida de cualquier grupo social, de estudiantes, de trabajadores de todas clases, de amas de casa asociadas, incluso.

La mesa constituyente del llamado claustro paritario la componían al final dieciocho miembros selectos de lo que dio en llamarse «comunidad educativa», aunque por la especial conformación del alumnado del centro, internos todos ellos y de lugares o provincias lejanas la mayoría, faltaban en él lo que, se sabía, era pieza fundamental de dicha comunidad en otros claustros, según indicaban, por otro lado, las normas orientadoras emanadas de la superioridad educativa: los padres (o, según se diría épocas más tarde, a fin de evitar sola la mención del progenitor masculino, ocultadora de la existencia del otro hemisferio de la especie, «el ampa»). De modo que, por esa ausencia, el conjunto resultante no se proyectaba en un número de tantas resonancias y juegos como el veinticuatro (dos veces los doce apóstoles, ocho veces la Trinidad, seis veces las esquinitas de la cama y el número de sus ángeles, el venerable nombre antiguo de los regidores de los ayuntamientos en ciertas zonas de España y la América hispánica, el conjunto de las deformaciones ovoidales que suman dos receptáculos concebidos y hechos para recibir, transportar y guardar en ellas los huevos de docena en docena), sino en el más ramplón de dieciocho: seis profesores, seis delegados-alumnos, seis representantes de la administración y los servicios adscritos al centro.

Colocado, junto con los otros diecisiete miembros de la mesa, en la conspicua posición del proscenio, Luis llevaba tiempo alternando su atención entre las palabras de sus contertulios —a veces vagas, otras confusas, acaso precisas, prolijas casi siempre—, sus gestos —variopintos: contenidos, airados, irónicos, pausados, parajismeros— y las caras de atención arrobada con que, desde el patio de butacas, los delegados de clase no elegidos para ascender al escenario y los treinta y cinco alumnos de primero b), el curso por el que el azar había optado, contemplaban. A veces le apetecía levantar la mano para solicitar el turno y uno de los micrófonos que iban rotando a disposición de los intervinientes, pero en general, cuando iba animándose a hacerlo, le parecía que el tema estaba ya tan manido o debatido que no merecería la pena, como decía su tío Manuel, el de Tineo, el hermano de su madre con quien había tenido más relación, «poner albarda sobre albarda»; o pensaba que la cuestión se había embarullado tanto que ya no había quién supiese muy bien lo que defendía cada uno; o creía, en otras ocasiones, que se había apartado de tal modo el debate del punto del orden del día sobre el que deberían pronunciarse que lo más oportuno sería mantenerse en silencio para no confundir más las cosas.

Pero, además, de vez en cuando, se abstraía, se ensimismaba en sus pensamientos y dejaba vagar su mente por sujetos, por imágenes más bien, que no tenían nada que ver ni con el presente, ni con la mesa situada en el escenario y sus asuntos, ni con el patio de butacas. O sí tenían que ver, pero únicamente de modo tangencial, o, tal vez causal, si es que la anterioridad era causa, que no lo daba por completamente seguro. De entre todas aquellas imágenes, lo que más le venía a la cabeza eran algunas de las de todo el proceso por el que había tenido que pasar para ser elegido y cómo, pese a que él se había presentado desde el primer momento con la intención única y mera de mejorar la condición de los alumnos y defender sus intereses frente a los de los profesores y a los del sistema, se había tenido que enfrentar a una campaña sorda de hostigamiento y descalificación, la cual había tratado de desacreditar, si no su persona, al menos su capacidad, voluntad e intenciones, a fin de conseguir que fuesen otros y no él los que ahora estuviesen presentes en aquella decisoria silla. En un momento determinado, a mediados de la semana pasada, harto de tanta lucha contra un enemigo semiinvisible pero claramente perceptible; decepcionado por ver cómo algunos de los que hasta entonces había creído sus amigos se alejaban de él sin motivo alguno conocido, había estado a punto de retirarse. El ánimo de dos compañeros de curso, sin embargo, Manolo y Jorge, y su propio orgullo, que lo había estimulado para no dejarse soslayar, lo habían hecho volver al combate y, aunque por escaso margen, había triunfado en la elección.

Con todo y progresivamente, y a pesar de sus ausencias mentales ocasionales o de sus distracciones mirando las reacciones de los más pequeños en el patio de butacas, una especie de mezcla de malestar e irritación, tanto contra su propia indecisión como contra la maraña de palabras sin sentido, discursos vagos, pérdidas de tiempo, y, sobre todo, lo que él entendía como egoísmo del estamento profesoral y sumisión hacia él del personal de administración y servicios lo iba ocupando progresivamente; eliminando definitivamente su enervamiento, primero, elevando su combustión interior, después. Probablemente fueron esas las razones que hicieron que, en el penúltimo punto del orden del día, el de la posible participación de los alumnos en las sesiones en que eran evaluados en su trabajo y comportamiento y calificados con un guarismo por el conjunto de sus saberes y actos, venciendo una cierta indecisión y timidez, se decidiese a levantar el brazo a fin de pedir el micrófono y la palabra, para expresar su opinión sobre aquella cuestión que llevaba ya un largo rato de debate.

—Yo sí creo —empezó abruptamente y con un timbre quizás un poco elevado que probablemente traducía su nerviosismo— que los alumnos deben estar presentes en las reuniones donde se nos juzga y califica. Lo creo firmemente.

Carraspeó ligeramente, echó una ojeada al patio de butacas, giró su cabeza, se acercó más al micrófono y levantó un poco más aún la voz, mirando esta vez directamente al director, don Emilio, que, en la cabecera, presidía la mesa.

—Y lo creo porque, desde un punto de vista puramente marxista, ellos son nuestros enemigos de clase. Así que allí donde se produce el conflicto dialéctico los oprimidos deben enfrentar sus tesis con las de los opresores.



En el teatro todo se abrió un silencio, denso, palpable, durante unos segundos. Los representantes del profesorado en la mesa quedaron inmóviles un instante para, a continuación, y tras un intercambio de miradas, comenzar a expresar, unos, entusiasmo, otros sorpresa e irritación. El presidente-moderador de la paritaria mesa —consensuados el cargo y la persona, tras ardua discusión, por su necesidad aquel, por su condición de director recién nombrado del establecimiento esta—, despegó los labios para empezar a hablar. Pero le fue imposible hacerlo. Del patio de butacas surgió un aplauso intenso, entusiástico, prolongado; en la mesa también un puñado de profesores y alumnos hizo entrechocar sus palmas con estrépito. El presidente-moderador intentó imponer silencio, algunos profesores se levantaron y con gestos de indignación y protesta arrancaron hacia el foro para retirarse. Empezaron a sonar pateos y gritos abajo, entre los escolares-espectadores. El presidente-moderador volvió a pedir silencio gritando esta vez delante del micrófono; más miembros de la mesa trataban de ponerse en pie, mientras Luis permanecía inmóvil en su silla, confuso, sí, pero firme en sus convicciones, que parecía reafirmar mediante suaves aserciones de cabeza. Finalmente, y cuando el griterío y el zurriburri fueron amainando, la voz de la presidencia consiguió emerger por encima de los demás ruidos: «se suspende la sesión, se reanudará mañana, a la misma hora y en el lugar que se avisará oportunamente». Dicho ello, y mientras los profesores que aún quedaban en el escenario esperaban de pie, el director se acercó al proscenio, dirigió una persistente y severa mirada al grupo de alumnos que ocupaba las butacas y, cuando logró imponerse, invitó: «señores, más vale que todos nos retiremos en orden y vayamos a nuestras respectivas clases. La vida académica continúa con normalidad y está esperando por nosotros». A continuación se volvió hacia Luis y el puñado de alumnos que aún seguía sentado a la mesa: «y nosotros también. Continuaremos en otro momento, caballeros», y se dirigió

hacia la salida, recogiendo tras sí al resto de los profesores, aun los más jóvenes, y, poco a poco, a los alumnos-representantes.



Para cuando Luis llegó a su división, la noticia había recorrido ya los patios y los pabellones de la Universidad, hasta instalarse en cada uno de los auditivos de los alumnos. Fue así como, entre vítores, aplausos, algún «¡grande!», algún «¡puxa!» y muchos «¡viva!» fue recibido al modo en que lo fuera César triunfador en las Galias.



El merendero, a aquella hora de las siete de la tarde, se encontraba prácticamente vacío. Al margen de su mesa, solo otras dos estaban ocupadas, la de un solitario que de tanto en tanto escanciaba en su vaso un poco de sidra y la de una pareja que, en el rincón más alejado de la barra y la puerta, apretaba mutuamente sus labios con entusiasmo y, cuando cesaba, echaba un trago y reía delante de sendas botellas de cerveza.

Ellos habían esperado algunos minutos delante del establecimiento, entre los plátanos cuyas hojas empezaban a amarillear, hasta que el coche había llegado y aparcado unos metros más allá.

—¡Hola!

—¡Hola!

—¿Cómo anda eso?

Juntos, penetraron en el bar, pidieron unas botellas de sidra en la barra para todos, salvo para Antonio —«sólo bebo vino», había dicho—, y se sentaron en una mesa distante tanto de la pareja como del bebedor solitario.

—Bueno, las cosas han ido bien y no muy bien, ¿no?, según nos habéis informado —manifestó Pablo—. Bien, porque se han conseguido los objetivos de participación y movilización; no tan bien porque, no habéis conseguido salir como delegados. ¿Cómo ha sido eso?

Los tres se miraron entre sí y, tras algún gesto de inteligencia y sendos movimientos de cabeza de Trancho y Miguel, invitándolo a hacerlo, fue

Finales de los 70 y comienzos de los 80. España entera sufre una convulsión por los cambios sociopolíticos, al tiempo que algunos de sus sectores industriales, como el naval, comienzan a derrumbarse.

En Gijón, Luis Rocés, ya desde sus primeros años de estudios en La Laboral, asiste a todas estas transformaciones y decide participar activamente en las luchas callejeras por defender los astilleros de la ciudad. Posteriormente, desde la militancia sindical y su actividad política en las filas del partido gobernante en Asturias -y en la villa de Jovellanos-, seguirá peleando por defender a los trabajadores de la industria naval.

Paralelamente, su relación con Teresa -su mujer- y sus dos hijos -Pelayo y Olaya- pasará por momentos de extrema felicidad y por otros de tensión como consecuencia de la entrega total de Luis a su compromiso social y político.

Al tiempo que a los avatares de estas historias particulares, el lector ve retratado el paisaje y los ambientes de la ciudad, contempla la evolución urbanística y social de la misma a lo largo de unas cuantas décadas y puede observar, desde sus mismas entrañas, el funcionamiento de los partidos políticos, sus tramas conspirativas y sus luchas internas por alcanzar cuotas de poder.



ISBN: 978-84-16053-31-5

